

Gustavo Gutiérrez

BEBER EN SU PROPIO POZO

Pedro Trigo

Beber en su propio pozo constituye la teología espiritual de Gustavo Gutiérrez. Tiene tres partes: En la primera plantea el problema y lanza sus proposiciones. En la segunda dialoga con la tradición espiritual cristiana (Juan y Pablo, los místicos y las escuelas de espiritualidad, señaladamente ignaciana). En la tercera caracteriza los rasgos de esta nueva espiritualidad que surge desde el pueblo latinoamericano. El libro es breve, denso, emocionado y claro. Por eso invitamos a su lectura y así, ahorrándonos la reseña, nos limitaremos a glosar lo que más nos ha llegado y a entablar un diálogo desde nuestra vivencia de la realidad venezolana.

TEORIA, NO IDEOLOGIA

De un modo global el valor principal del libro, sobre todo de sus partes primera y tercera, es para nosotros su adecuación cabal a los procesos reales. El libro nos asombra no por su coherencia interna sino por su correspondencia con el modo como es vivida la praxis liberadora por los cristianos en América Latina. No se trata, pues, de ideología (en el sentido de exposición sistemática de datos, conceptos generales y valoraciones que están a disposición de un grupo humano en una época y que le otorgan sentido) sino de teoría (es decir, comprensión de una praxis). Es por eso un libro verdadero, no sólo en el sentido de que lo afirmado en él es idealmente verdadero y por lo tanto debe ser así sino en el sentido preciso de que son muchos miles las mujeres y hombres que en América Latina responden con sus propias vidas de lo que en él se afirma. Es un libro responsable.

Por eso el libro no pudo ser escrito antes. En toda historia se da cesura y proceso. La ruptura constituyente (a la que a su vez precede un lento proceso de acumulación) es súbita y globalizante, lleva como embrión todo un mundo pero aún no ha dado de sí y es imposible reconocerlo. Más aún ha cambiado todo, pero únicamente todo, cada cosa continúa como antes. Se da el dualismo, la contradicción, y entonces tiene lugar el proceso que traerá como resultados la reabsorción del nuevo horizonte en lo antiguo o la reconstrucción de cada una de las cosas antiguas en el horizonte recién adquirido. A la base del libro **Teología de la Liberación** (1971) había todo un proceso espiritual previo y la experiencia espiritual fundante en la ruptura constituyente. Esta experiencia honda permitió mantener la continuidad en la discontinuidad, era el germen que abrió perspectivas y la fuerza que mantenía en la lucha. Pero era necesario el proceso (que requiere espacio y tiempo) para poder dar cuenta no sólo del impulso, del proyecto, de los deseos y de la determinación sino también de las cosas que se han verificado entre nosotros. Por eso el libro es, como dice Lucas de su evangelio, testimonio personal e investigación diligente (y esta última co-

mo expresión de la función del autor con el grupo, como, testimonio de amor), para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido, es decir dirigido a constatar que el camino de la liberación es camino del Espíritu: **La verdad es que el contacto cotidiano con las vivencias de algunos, la lectura de textos de muchos, así como el testimonio de otros, nos convencen de la hondura de la experiencia espiritual que se vive al presente entre nosotros** (143). Esa es la verdad que trasunta el libro.

TIEMPO DE SALVACION

Ante todo acierta el libro en la caracterización global de nuestro tiempo latinoamericano (Cf. Recuadro No. 1). Jesús emplazaba a sus oyentes: **¿Cómo es que no saben interpretar el momento presente?** (Lc. 12,56). Juan XXIII, y tras él el Concilio, nos lanzó a los cristianos de la segunda mitad del siglo XX el mismo reto. Y tomando partido contra quienes atrincherados en lo acostumbrado **no ven otra cosa que prevaricación y ruina**, saludaba al nuevo tiempo cristiano como un nuevo Pentecostés. También Medellín caracterizó nuestra situación como una nueva Pascua cuando afirmó: **No podemos dejar de sentir su paso que salva**. Y Puebla centró su mensaje en torno a la evangelización. A pesar de estos señalamientos es innegable que los cristianos latinoamericanos estamos divididos ante todo por el modo como interpretamos el momento presente y consiguientemente por lo que juzgamos que se debe hacer para responder a sus exigencias (Cf. Lc. 12,57).

Frente a los que, hipnotizados por el fetiche del orden establecido, caracterizan al nuestro como tiempo de opresión y represión, como tiempo del poder de las tinieblas, Gustavo Gutiérrez globaliza nuestra situación latinoamericana como **tiempo propicio, tiempo de salvación**. Pero frente a los que confunden esta salvación con el desarrollo del orden establecido, el autor descubre la salvación en los despojados, oprimidos y reprimidos; descubre la salvación de Dios brotando en la condenación de los poderosos; descubre a la vida resistiendo a la muerte y resucitando victoriosa de ella. En tiempos de hondas conmociones tendemos a abatirnos por la insolencia

* Gustavo Gutiérrez: **Beber en su propio pozo**. Ed. CEP, Lima 1983. En adelante, las citas en negrita y con el número de página entre paréntesis.

de la injusticia, el desprecio y la destrucción. Es eso lo más patente. Se necesitan ojos nuevos para rastrear lo nuevo que pueda estarse formando y corazón nuevo para alegrarse con ello. Es lo que sucede en este libro. Porque no se trata de la dialéctica del deseo ni de un temperamento optimista ni de una apuesta ciega, se trata del testimonio de lo que se ha visto y compartido (naturalmente que desde una fe). Esta es ante todo la experiencia espiritual: **Que donde abunda el pecado sobreabunda la gracia.** Experiencia espiritual no aforismo teológico o proposición dialéctica sino comprensión adecuada del proceso de muchas mujeres y varones de nuestro pueblo creyente y oprimido y de quienes con ellos echaron su suerte.

OPORTUNIDAD EVANGELIZADORA

Si de este modo puede hablarse de tiempo de salvación es natural que se añada que estamos **iniciando el hoy de una oportunidad evangelizadora nunca antes vivida** (43). Ya que no se trata tan sólo de anunciar a Jesús de Nazaret como la salvación que Dios nos presenta. Ya no son los misioneros los que presentan al pueblo latinoamericano una figura externa a él para que la acepten y se conviertan a ella. Son elementos del propio pueblo y otros solidarizados con ellos los que presentan en sus vidas y en sus muertes la vida y la resurrección de Jesús como buena nueva para sus hermanos. Tras cinco siglos de evangelización la Palabra de Dios se ha hecho carne en diversas expresiones populares y así el propio pueblo como ser cultural es ahora sujeto evangelizador y no únicamente destinatario de la evangelización (Cf. Puebla 450). Y no sólo es a sí mismo a quien el pueblo evangeliza, también está empezando a evangelizar a la propia institución eclesial a medida que ésta se va comprometiendo con él y entrando en sus comunidades de base (Cf. Puebla 1147).

Esto podría sonar a slogans de populismo religioso o a un cierto romanticismo del pobre. No es así, sin embargo, ya que el descubrimiento del potencial evangelizador de nuestro pueblo se realiza no sólo en una situación global de pecado sino en el seno de una subcultura, el mundo de los pobres, marcada muy dolorosamente por la gracia y el pecado, que en ese estado permanente de situación límite adquiere proporciones patéticas. Pero, viendo muy realísticamente esa situación tan

La conciencia cada vez más clara de la dura situación que se vive en América Latina y de los sufrimientos del pueblo pobre no debe hacer olvidar que no está allí lo nuevo del momento actual. La novedad está constituida no por la miseria, la represión y la muerte temprana que son, desgraciadamente, antiguas en estas tierras, sino por un pueblo que empieza a percibir las causas de esa situación de injusticia y busca sacudirse de ella. Lo nuevo y lo importante estriba igualmente en el papel que la fe en el Dios liberador está jugando en ese proceso (36).

Estamos no en la víspera, sino iniciando el hoy de una oportunidad evangelizadora nunca antes vivida.

Quizá esto sepa a algunos a optimismo fácil e ingenuo. Pero no se trata de esto. El agobio de una interminable situación de miseria. Las tensiones provocadas por las resistencias que es necesario vencer en el compromiso liberador, la tristeza proveniente de la permanente actitud de sospecha que se experimenta ante todo esfuerzo de solidaridad efectiva con el pueblo explotado, las resistencias que se viven al interior mismo del Pueblo de Dios, no permiten optimismos ligeros. Olvidadizos de marginaciones, sufrimientos y muertes. Pero es necesario ser consciente de que lo que ha modificado, y radicalmente, la situación es que todo eso, pese —o gracias— a un inmenso costo, alimenta una nueva vida, señala caminos inéditos y es motivo de una profunda alegría (...) Hablábamos de una "oportunidad evangelizadora", la pregunta que se impone es ¿sabremos aprovecharla? (43-44).

precaria y a veces tan deshumanizada (Cf. 187), no puede tampoco dejarse el testimonio de que **mi gracia resplandece en la debilidad** (2 Cor. 12,9; Cf. 4,7-18). Y esta buena noticia no la da sobre todo uno, son gente del propio pueblo los que, como María (Lc. 1,46-55) y Jesús (Lc. 10,21-22) alaban a Dios por ello.

El hoy de esta oportunidad evangelizadora empieza cuando los evangelizadores de oficio en la institución eclesial se hacen cargo de este misterio y **en un diálogo vital** (Puebla 457) como discípulos son capaces de incorporarse a él. Entonces podrán decir a su vez toda la palabra viva de la tradición (que a su modo también guarda el pueblo) y la palabra propia que Dios les ha comunicado. **Hablábamos de una "oportunidad evangelizadora", la pregunta que se impone. ¿sabremos aprovecharla? (44).**

LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DEL PUEBLO

Lo novedoso que está ocurriendo en América Latina en materia de espiritualidad es sobre todo la experiencia espiritual del pueblo oprimido y creyente cuando, convocado por la Palabra de Dios, toma conciencia de su situación, la resiste, se rehace a sí mismo, se organiza, se promociona y lucha por liberarse aprovechando cualquier resquicio de la situación y aun forzándola de uno u otro modo. **La espiritualidad que nace en América Latina es la de la Iglesia de los pobres a la que llamaba Juan XXIII**

(50).

Es una espiritualidad pascual porque se juega en la dialéctica muerte-vida.

Las luchas del pueblo pobre por la liberación representan una afirmación de su derecho a la vida; puesto que la pobreza que sufre el pobre significa muerte, muerte prematura e injusta. Desde esa afirmación de la vida, los pobres del subcontinente intentan vivir su fe, reconocer el amor de Dios y proclamar su esperanza. En el seno de esas luchas, llenas de avatares, el pueblo oprimido y creyente se hace cada vez más agente de una manera de ser cristiano, de una espiritualidad (48)

INCORPORARNOS A LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL DEL PUEBLO

El libro, haciendo justicia a la complejidad de la situación, abarca dos sujetos: el pueblo y los que se solidarizan con él (que constituyen la mayoría de los lectores del libro). A estos lectores se presenta el pueblo como buena nueva, no como objeto de su acción sino como sujeto evangelizado y evangelizador. El sujeto de Mt. 25,40 (que es el Buen Samaritano) es sobre todo el propio pueblo. El es, pues, aquel sobre quien Jesús resucitado ha derramado su espíritu liberador (Lc. 4,18-21). Este texto se realiza hoy en América Latina. Esto es ante todo un juicio de hecho, un descubrimiento (37-38), luego es captado como un misterio (Mt. 11,25; 1 Cor. 1,26-31). De ahí la proposición:

Quisiéramos presentar algunas notas de la espiritualidad que brota entre nosotros. La vivencia de la solidaridad exige la conversión, punto de partida de todo seguimiento de Jesús. Comprometerse en la historia demanda ser eficaz en ella, pero este esfuerzo nos hace penetrar con mayor profundidad en el carácter fontal y envolvente del amor gratuito de Dios. La situación de América Latina está marcada por un profundo sufrimiento del que surge una nueva y pascual vivencia de la alegría como resultado del don de la vida. La pobreza "inhumana" y "anti-evangélica" es una realidad masiva entre nosotros, pero comprometerse con los pobres y oprimidos conduce a redescubrir un tema evangélico central: la infancia espiritual. La solidaridad con los despojados ha supuesto para muchos cristianos una dolorosa experiencia de soledad, por el aislamiento en que son dejados, por la sospecha que despertan sus gestos, o por la prisión; esa soledad aparece no obstante como un medio privilegiado para percibir el profundo sentido de la comunidad eclesial.

Creemos que las características del caminar hacia el Señor que se va haciendo en América Latina están formadas por las relaciones que acabamos de indicar. Importa no aislar los elementos, porque sólo así se puede percibir lo que tienen de propio esos rasgos. (142-43)

Para muchos cristianos en América Latina actualmente la posibilidad del seguimiento de Jesús se juega en su capacidad para incorporarse a la experiencia espiritual del pueblo pobre. Esto les exige una conversión profunda: se trata de hacer suya la experiencia que los pobres tienen de Dios y de su voluntad de vida para todo ser humano (51).

Todo lo demás es quedarse a mitad de camino (53).

Y todo lo demás es por ejemplo para Gustavo Gutiérrez: **Compromiso con los explotados, relaciones de amistad con algunos de ellos, celebrar la eucaristía con las comunidades populares, etc.** (53).

Este texto puede resultar sorprendente y excesivo. ¿No son esos elementos un objetivo deseado, un punto de llegada difícilmente alcanzable para muchos agentes pastorales sinceramente deseosos de un compromiso cristiano liberador? ¿No resulta descorazonador llamar a este resultado quedarse a medio camino? Creemos que no, que se trata más bien de custodiar lo más hondo de la pastoral liberadora, sin lo cual ella no pasa de ser una variación de la pastoral promocional. Porque la novedad no estriba en las derivaciones prácticas que hemos sacado de la doctrina social de la Iglesia ni tampoco en la indignación ética que provoca en hombres limpios esta situación ni en la protesta profética consiguiente. Se trata de hacer nuestra la experiencia que los pobres tienen de Dios y de su voluntad de vida para los hombres. Esto es para Gustavo Gutiérrez **resucitar con el pueblo en materia de espiritualidad** (54). Si no se da el empate con el pueblo

a este nivel fontal de experiencia de Dios y seguimiento de Jesús la comunión cristiana será un hecho segundo, derivado; la comunidad será entonces un simple medio y no el lugar vivo donde se cree y se sigue. Pero si llegamos a esta primera eclesialidad (Jon Sobrino) ello impide que nuestro comportamiento sea simplemente comprendido como expresión de la "dimensión social" de la fe. Es mucho más que eso; hay un aspecto contemplativo (157). Ese fue el caso de Monseñor Romero. El se declaraba convertido a Cristo por su propio pueblo. A partir de ese cambio no vio su seguimiento de Jesús sino como algo estrechamente ligado a la vida (y muerte) del pueblo salvadoreño (54).

En este caso la incorporación a la experiencia espiritual del pueblo es incorporación al cuerpo histórico de Jesús (Monseñor Romero), y por lo tanto el Camino (121-27).

NUEVA ESPIRITUALIDAD

Una lectura de fe nos hace así comprender que la irrupción del pobre en la sociedad e Iglesia latinoamericanas es, en última instancia, una irrupción de Dios en nuestras vidas. Esta irrupción es punto de partida, y también el eje de la nueva espiritualidad (49).

Para Gustavo Gutiérrez esta novedad no es un simple matiz. Es una novedad radical. Un resucitar, que recupera lo mejor de la espiritualidad que estaba a nuestro punto de partida, pero después de morir de algún modo a ella, es decir después de hacer espacio interior para realizar la aventura

(sentida al comienzo como sin cauces) de incorporarnos a la experiencia espiritual del pueblo. Si damos ese salto recuperamos ciertamente lo mejor de la tradición: Esa tradición debe ser aprovechada para enriquecer la actual vivencia espiritual del pueblo pobre (53). Pero debe ser vertida en las nuevas coordenadas.

Los dos movimientos serían incorporarnos y aportar. Esta doble dinámica debe ser realizada con una enorme finura espiritual porque se trata de un momento fundacional. Si la base experiencial no es sólida tampoco puede serlo la pastoral ni la teología que se fundan sobre ella:

En toda línea espiritual hay un primer momento que es algo así como una época heroica. Allí se da en un contexto histórico determinado una experiencia espiritual fecunda (...) Dicha experiencia es fuente de una gran libertad espiritual (83).

Nuestro autor constata que esta experiencia se da: en la solidaridad, en la oración, en la paciencia, incluso en la alegría en medio del dolor y de la muerte. Pero es también consciente de la gran necesidad que tenemos de Dios para mantenernos en este camino, en el que no bastan la clarividencia y el coraje. Por eso repite una y otra vez: **Cada vez vemos más diafanamente que se requiere una gran dosis de humildad para comprometerse con los pobres de hoy** (187). De ahí las constantes referencias a la gracias, que nada tienen de retórica sino que son una recatada confesión de quien se sabe en manos de Dios tanto personalmente como respecto de la obra de Iglesia que se trae entre manos.

DIALOGO CON LOS TEMAS BIBLICOS DE ESPIRITUALIDAD

Fruto de este itinerario personal, que resulta paradigmático, son los tópicos elegidos para la segunda parte. El tratamiento puede resultar escolar, pero los temas en sí son bien vitales: Ante todo Jesús, no sólo como el pretérito Jesús histórico siempre actualizado en el seguimiento, sino también y sobre todo, como el Señor que actualmente me llama, con quien hoy me encuentro y de cuya experiencia actual doy testimonio. De ahí el camino de los sinópticos a Juan. Y un encuentro con Jesús como hombre nuevo, como hombre del espíritu y por lo tanto un encuentro transformador, paso de la carne al espíritu, de la muerte a la vida, del egoísmo a la incorporación a su cuerpo

histórico. De ahí la lectura de Pablo sin perder de vista a los sinópticos. Y este encuentro realizado en el seno del pueblo de Dios, del pueblo latinoamericano creyente y oprimido que marcha por el desierto hacia la tierra prometida, que convocado por la pascua de Jesús marcha hacia la tierra nueva y los cielos nuevos, pueblo en pascua desde la muerte a la vida; pueblo como Camino, paradigma del camino espiritual que describen los místicos.

La vuelta a Juan y Pablo y la lectura espiritual del Exodo resultan representativas de esta fase de la experiencia espiritual en América Latina. Jesús histórico y el encuentro con Jesús resucitado, el cambio de estructuras y el no menos penoso cambio interior, la construcción de la nueva tierra y la búsqueda del nuevo cielo: lo nuevo y lo viejo se van integrando en una circularidad que sobredetermina y alimenta cada dimensión. **Esto es más que una síntesis (...)** Es algo más fino y rico que un equilibrio a mantener entre dos aspectos importantes (163). Por eso, tras lanzar su proposición y situarla en el cauce ancho y profundo de la Biblia y la historia de la espiritualidad, el autor trata de bosquejar el perfil de lo que nace entre nosotros (143). Es una síntesis que recoge con precisión los grandes ejes de nuestra espiritualidad y el modo como se articulan (Cf. Recuadro No. 2).

IMPOTENCIA Y GRACIA

Lo que dijimos del libro como teoría vale sobre todo de la parte tercera. Al ser tan densa y ajustada resulta difícil seleccionar algún aspecto. Tomaré sin embargo uno que se desarrolla en diversos apartados con matices complementarios: se trata del modo de percibir al pueblo y relacionarse con él. No es una mirada objetivadora, que engloba a los rostros concretos en conceptos generalizantes, de modo que las personas queden reducidas a elementos de teoría. No es tampoco la mirada magistral que cree reconocer al otro mejor de lo que él mismo se autopercibe. Se trata por el contrario de un modo de ver matizado, respetuoso, misericordioso y consciente de los propios límites. Este respeto capacita al autor para describir sin demagogia ni estereotipos ideologizados las aflicciones de los pobres (171-72) y la represión que pesa sobre ellos. Pero también lo ilumina para percibir lo nuevo que ahí germina en conciencia, organización y vivencia de una fe liberadora y en esa novedad descubre la alegría que madura en la pobreza y



Nuestra Señora de Villa El Salvador (Lima). El autor, Gregorio Samillán S., hombre del pueblo, quiso describir la vida de María, entre Belén y el Galvatio, con un cielo azul muy distinto del gris plomizo de Lima, "porque ya existe un pueblo unido".

vence el sufrimiento; porque como dice uno de ellos lo que se opone a la alegría (...) es la tristeza, no el sufrimiento (172).

Estos elementos tan diversos y aun contradictorios son vistos en su unidad real, formando una trama, componiendo un mundo (186), algo pues coherente, consistente y de algún modo cerrado sobre sí, comprensible sólo desde sí mismo. Y esta complejidad alcanza el punto de la realidad más cabal cuando se tematiza también la ambigüedad de su condición anterior. Los pobres no son sólo víctimas ni héroes. La mirada que los viera así en el fondo los desprecia porque los despoja de lo que más profundamente los une al que mira: su condición humana, insuperablemente abierta a la gracia y al pecado (187). Los pobres no son sólo predilectos de Dios y objetos de la misericordia del prójimo. Son ante todo imágenes vivas de Dios, desgarradas por su situación límite pero también potenciadas por ella. Clavados en esa cruz ¿quién se atrevería a juzgarlos? Y sin embargo en ese infierno nace la solidaridad, brota la oración y mana Iglesia porque la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular; esto es un milagro patente (Mt. 21,

42) para el que mira con los ojos de la fe.

Desde esa mirada no se deriva una relación de mesianismo que busca en la acción sobre el pueblo la propia justificación y cumplimiento. Por el contrario, existe una aguda percepción de la dificultad casi insuperable de entrar profundamente en el mundo de los pobres hasta llegar a coincidir con él (196-98). De ahí la modestia fundamental: **La práctica de estos años ha mostrado que el acercamiento al mundo del pobre debe ser hecho sin triunfalismos de ninguna clase (189).**

Y no sólo están las dificultades objetivas: hay que vencer el desaliento y la amargura y la permanente tentación del repliegue (178-80). Está la noche oscura de la injusticia con el miedo a morir y más aún a flaquear; el cansancio, la cobardía, incluso la desesperación (192-94).

Desde este proceso puede valorarse en todo su alcance el testimonio del autor de que el encuentro verdadero y pleno con el hermano requiere pasar por la experiencia de la gratuidad del amor de Dios. Se llega así al otro, liberado de toda tendencia a imponerle una voluntad ajena a él y desprendido de uno mismo, respetuoso de su propia personalidad, de sus necesidades, de sus aspiraciones (169).

Acabamos por eso citando un texto de Gustavo Gutiérrez sobre la infancia espiritual en el proceso de liberación que, reflejando la flor de lo adquirido cristianamente en América Latina, expresa también su propio testamento espiritual:

Sólo haciéndose niño se entrará en el Reino de los cielos (cf. Mt. 18,3). Esa infancia espiritual se requiere igualmente para entrar al mundo del pobre. De ese pobre que es precisamente el predilecto del Dios del Reino.

Tal vez anteriormente fuimos más sensibles a la relación que anotábamos páginas más arriba: sólo se vive el desapego a los bienes de este mundo (lo que representa un aspecto de la pobreza espiritual) en la inserción en medio de la pobreza. Percepción que sigue siendo válida, por cierto; pero a ella se añade otra más honda aún: sólo desde la infancia espiritual es posible comprometerse verdaderamente con los pobres y oprimidos de nuestro subcontinente. No decimos esto por el gusto de invertir fórmulas. Se trata de una experiencia de muchos en la búsqueda, al mismo tiempo dolorosa y gozosa, de Dios Padre por los caminos del pobre (190).